

CONFERENCIA JOSÉ GIL FORTOUL

LA TRADICIÓN CRÍTICA EN LA HISTORIA VENEZOLANA

Malcolm Deas (*)

Para mí es un honor inesperado la invitación a dar en la Academia de Historia la conferencia José Gil Fortoul. Un honor, y un reto.

Vds. saben que yo no soy un erudito en el campo de la historia venezolana. La única contribución mía que se puede calificar de académica es mi prólogo a la linda edición en español del Diario de Sir Robert Ker Porter, y soy consciente que allá no dije la última palabra sobre las muchas, muchas palabras que en su laboriosa, a veces prosaica pero al fin simpática vida, escribió.

Tampoco he sido como historiador muy dado a largas reflexiones sobre el oficio.

Por esas dos descalificaciones, la naturaleza de reto de su invitación.

Y entonces, debo explicarles por qué estoy aquí - o mejor, por qué estoy entre historiadores, algunas razones que explican mi presencia, más allá de la larga amistad que he gozado con algunos de vds., esa parte de la conciencia que le dice a uno que los retos son para aceptarlos, para mostrar que uno no es cobarde, y ese hábito de la vida académica que hace que uno acepte las invitaciones para fechas que están por lo menos dos meses en el futuro.

Primero, sin ser un profesional de la historia venezolana, he sido por más de cuatro décadas uno de sus lectores y uno de sus espectadores. La

(*) Doctor en Historia de la Universidad de Oxford, Inglaterra.

especialización mía ha sido en la historia del país vecino, pero la historia venezolana ha sido para mí siempre un estímulo, y un esparcimiento.

Creo en la historia comparativa, que tanto se predica y que desafortunadamente tan poco se practica, aun entre países tan comparables como las repúblicas de la antigua Gran Colombia -comparables en el sentido que son suficientemente similares que las comparaciones vienen naturalmente a la mente, sin ser exóticas, sin que toque traerlas por los cabellos.

He ponderado -aun he llegado al punto de improvisar conferencias- ciertos temas: escritos colombianos sobre Venezuela, venezolanos sobre Colombia; menos artesanal, más atrevido, un ensayo medio hecho sobre lo que en estas dos naciones ha significado, ha sido la naturaleza del coraje en la vida pública, que salió de una observación casual, irónica, de alguien que me dijo que mientras en Venezuela se necesita coraje para oponerse al gobierno, en Colombia es el caso que es necesario para apoyarlo.

Pero el esparcimiento: encontré a unos autores que han ejercido sobre mí una atracción de larga duración. Ha sido lícito en mi caso, siendo un visitante ocasional, ser ecléctico: soy una persona que ha luchado siempre con cierto diletantismo, no siempre con éxito. Leí a Juan Vicente González, a José Rafael Pocaterra, y -aun nivel menor a Pedro María Morantes, recuerdo el prólogo a *Los felicitadores*, que había comprado de un vendedor por la calle. Un instinto certero me llevó a la compra de un diminutivo libro de memorias de un escritor nato, *Visperas y comienzos de la revolución de Cipriano Castro*, del telegrafista Nemesio Parada, una compra que he repetido cuatro o cinco veces por miedo de perder mis ejemplares y no quedarme con ninguno. Conseguí también las importantes e escandalosas *Memorias* de Núñez de Cáceres, en esa edición casi clandestina que pronto desapareció. Preocupante: no he podido comprarla sino una sola vez.

Leí a todos estos autores más bien por curiosidad y por placer, no tanto por deber profesional. Vds. tal vez han notado que no son estrictamente historiadores, y puede ser que hayan notado una ambigüedad en el título de la conferencia - *¿historia o historiografía!* Regreso a la historiografía.

Tuve la buena suerte de tener unos alumnos excepcionales de quienes aprendí más: Brian McBeth, autor de esa monografía indispensable sobre

Juan Vicente Gómez y las compañías petroleras; Rafael Castillo, con quien traté de descifrar a José Tadeo Monagas; Stephen Thompson, que buscaba por un par de años en los archivos de Caracas y de provincia los terribles estragos niveladores de la Guerra Federal sin encontrarlos en la cantidad esperada; Michael McKinley, quien estudiaba la Caracas pre-revolucionaria con resultados también novedosos.

Por la cátedra Andrés Bello y en mis visitas acá he seguido aprendiendo, y he tenido la ventaja de conocer y de tratar a un buen número de uds. y a otros historiadores del país. Al principio había resuelto no nombrar en esta conferencia sino a los muertos. Pidiendo perdón, si es necesario, a los que no voy a nombrar, con quienes mis deudas intelectuales pueden ser igual de grandes, creo que en el curso de esta tarde voy a hacer una y otra excepción ...

Leyendo sobre la historia de Venezuela, o estando yo en Colombia -ese país de «gobiernos líricos» como lo tildó uno de los agentes de Juan Vicente Gómez- o en Inglaterra, país cuya historia, si me permiten la simpleza, molesta poco a sus propios habitantes, inevitablemente me di cuenta de sus aspectos de dureza, pero también de los grandes méritos de ciertos de sus historiadores.

Hace poco mencioné a tres espíritus libres -González, Pocaterra y Morantes- pero no es mi intención pasar revista, una revista que inevitablemente sería muy superficial, figuras que en la historia venezolana han mostrado su coraje en la oposición a las dictaduras o gobiernos de turno. Doy a la noción de crítica un sentido más académico.

Me parece que en las primeras décadas del siglo pasado Venezuela produjo un grupo de historiadores de un mérito singular. Los principales, según mis lecturas todavía incompletas, son José Gil Fortoul, en homenaje de quien se fundó esta cátedra, Laureano Vallenilla Lanz y Caracciolo Parra-Pérez.

Seamos directos por un momento: son mucho mejores que sus contemporáneos colombianos. Seamos atrevidos: son de los mejores de la América Latina de su época. Sus méritos son distintos: lo que yo debo más a Gil Fortoul es su éxito pionero, paciente en tomar en serio, en poner un orden y una estructura a las primeras décadas de la república

independiente. Vallenilla me parece menos y menos impresionante como teórico político, pero sus ensayos y pasajes históricos no dejan de ser frescos y brillantes. A Parra-Pérez, el que hizo su confesión y defensa que no podía escribir corto porque le faltaba el tiempo, ya que a mi no me falta tanto el tiempo, le estimo más y más.

Los tres fueron hombres del régimen imperante, del régimen de Juan Vicente Gómez. No tengo que recordarlo a Vds., Gil Fortoul fue entre otras cosas presidente titular del país.¹ Pero todos los tres capaces de independencias, y ninguno formado por el régimen, pero ninguno tampoco un opositor. Cada uno un ejemplo de la tradición crítica en la historia que es mi tema: quiero enfatizar que no entiendo por historia crítica, historia escrita desde la oposición.

En la historiografía esa tradición tiene para mí dos características esenciales: una es la seriedad y otra es la disposición de argumentar dentro de las reglas de la evidencia, «to play by the rules.» Que la historia importa, que no es adorno ni frivolidad, y que las verdades que propone no son nunca dogmas ni edictos, que no importa de donde vengan son susceptibles de revisión, que la polémica, dentro de las reglas de la evidencia, siempre debe ser admitida. No es necesario compartir ni las conclusiones ni los campos de interés de ese trío para reconocer su naturaleza de historiadores críticos, sus méritos en el sentido que quiero señalar.

He tratado -sin tener hasta ahora mucho éxito, y ahora pido ayuda- de hallar una explicación por la aparición de esa generación, o, para ser más preciso, de esa pequeña pléyade de historiadores. He pensado que puede existir una correlación entre dureza política y seriedad en la investigación histórica: en tiempos difíciles, la ansiedad histórica, el afán de ubicar el presente en un contexto histórico, sube varios grados. Pero los tiempos no eran tan difíciles para ellos. Los tres eran cosmopolitas, y

1. Han sido historiadores por lo menos cinco de los presidentes del país en el siglo XX: José Gil Fortoul, Eleazar López Contreras, Rómulo Betancourt, Rafael Caldera y Ramón J. Velásquez. Cada uno de ellos ha reconocido la importancia de la historia en la vida nacional, y todos por sus obras deben figurar entre el número de los historiadores críticos. Por muchos años he repetido a mis alumnos que *Venezuela: Política y petróleo* debe ser reconocido como el mejor libro de historia contemporáneo escrito por un jefe de estado. Al Dr Ramón Velásquez no debemos solo sus obras, pero todo lo que ha hecho para la historia nacional y sus historiadores.

aprovechaban de los estímulos historiográficos del occidente de su tiempo, propicios a sus fines. Dudo que todas las modas de nuestro tiempo tendrán resultados tan - ¿Cuál es la palabra? positivos ...

Y acá me refiero a una obra de un historiador felizmente entre los vivos, la *Historia de la historiografía venezolana* de Germán Carrera Damas, edición de 1961, hace casi medio siglo, el año de mi graduación en la lejana Universidad de Oxford. Creo que todos los historiadores de mi generación y los más jóvenes debemos a los escrutinios de la historiografía nacional de ese libro y de otras de sus obras un aumento en nuestro rigor y en nuestra conciencia, nuestro conocimiento de la naturaleza del oficio. El maestro era bien severo. Para los que no recuerdan, me atrevo a citar su catálogo de los defectos.

(No se asusten: luego voy a intentar suavizar su juicio implacable.)

Acá lo cito:

«Las características más generales que observamos en la Historiografía venezolana son las siguientes: 1) relativa pobreza temática, 2) fuerte carga anecdótica, 3) muy escasa elaboración conceptual e inquietud filosófica, 4) metodología precaria y rudimentaria, 5) tenaz supervivencia de los «grandes nudos historiográficos», 6) relegación de problemas básicos, 7) casi ninguna atención prestada a cuestiones metodológicas estructurales, 8) lento y tortuosos desarrollo de la crítica, 9) estrecha relación con el poder público, 10) desorbitado culto del héroe, 11) fuerte carga literaria, 12) excepcionales realizaciones aisladas.»

¡Con qué alivio llega el lector al punto 12, las excepcionales realizaciones aisladas!

Me parece que sí los hubo, como he dicho, y tal vez en una cantidad excepcional para el medio, un medio que no era muy propicio para la investigación histórica.

Mas allá de ellas, si me hubiera tocado hacer en debate frente a su crítica una defensa de los historiadores venezolanos, hubiera dicho que esos defectos están presentes en demasiadas historiografías, no sólo la

venezolana -consolación de tontos-, tal vez, pero un primer paso de alguien que piensa que hay pocos libros completamente inútiles.

Y me atrevo a pensar que el autor de la *Historiografía venezolana*, en los principios de la década de los sesenta, que yo recuerdo era en la profesión nuestra un tiempo de grandes planes, de jerarquías de agendas, de fuertes aspiraciones científicas en la disciplina, de trabajos dirigibles, planeados, trabajos en equipos, trabajos cuantitativos ..., que nuestro autor estaba algo influenciado, no digo contaminado, de ese ambiente optimista, pero que a mí me pareció un tanto rígido.

Confieso -otra vez la confesión - que la historia - el trabajo de los historiadores- va a ser siempre muy variada, poco dirigible, hasta cierto grado anárquico. Me parece que ilumina el pasado con luces de luciérnagas, no con la luz de un gran laboratorio; que lo que los historiadores y sus lectores buscan obedece a muchos fines distintos. Como cualquier historiador en frente de un reto como éste que vds. me han ofrecido, he recurrido a la los que escriben sobre la naturaleza de nuestro campo de estudio, y como todos a quienes les falta un buen blindaje filosófico he tenido esa sensación de estar de acuerdo con el último argumento que he leído, o abrumado con la última obra maestra.

Con Edward Gibbon, de vez en cuando aún he pensado que la historia es «filosofía enseñando con ejemplos», «philosophy teaching by example»; con Burke, me he sentido de vez en cuando reverencial hacia el pasado, pensando que provee la fundación de un buen entendimiento de las instituciones de la sociedad y del estado; con Sir Walter Scott, he sentido esa revelación intoxicante del pasado como distinto del presente, «a foreign country», donde hacen las cosas de una manera distinta. He respetado a Ranke, aunque he aprendido con cierto alivio que Ranke no siempre siguió sus propios preceptos: sus notas al pie de texto a veces son dudosas, dice Anthony Grafton en su fascinante historia de las notas al pie de texto², y se fiaba demasiado en los informes diplomáticos de los venecianos; a veces he entendido lo que Croce quiso decir con su dictamen, que toda historia es historia contemporánea; admiro, para ciertos

2. Anthony Grafton, *The Footnote. A Curious History*, Faber, London, 1997.

fines, a los historiadores franceses, aún he pensado seguir la famosa recomendación, mas bien orden terminante, de uno de ellos, y hacerme más *numérate*, aprender a contar, en el sentido aritmético de la palabra.

Pero mi sesgo es pluralista: hay muchas historias, y una ancha gama de métodos. Tanto depende de la tarea, y la escogencia de la tarea, el por qué tal historiador se mete con tal tema, me parece frecuentemente misterioso. La mayoría de los historiadores somos capaces de ofrecer a los interesados una racionalización de nuestras escogencias - esa parte del prólogo donde justificamos nuestra investigación, señalando la naturaleza del problema, las preguntas que vamos a tratar de contestar, pero eso raras veces constituye una explicación profunda de las razones que nos impulsaron hacia tal tema. Es curioso que el reverenciado libro de Marc Bloch, *Metier d 'historien*, no dice nada sobre esta interesante cuestión, que es como escribir sobre el amor sin mencionar el deseo. Muchas veces sospecho que no nos hacemos a nosotros mismos ese interrogante — es casi un tabú. ¿Por qué me metí en el siglo XIX de la república de la Nueva Granada? Quise irme de Inglaterra a ver el mundo, a un país desconocido, y a una época despreciada de su historia. Nunca me he sometido al psicoanálisis que tal vez sería capaz de explicarme las razones para esa escogencia ...

Ahora les invito a una sucinta mirada del panorama de la historiografía nacional en las décadas después de la publicación del libro de Germán Carrera.

Ha pasado mucho.

Ha habido una enorme expansión en el número de historiadores con entrenamiento profesional, los profesores y graduados de las facultades de historia de las universidades del país, de Caracas y de otras ciudades.

Ha habido una democratización de la historia: espero que no les ofendo si digo que la historia se ha escapado definitivamente de las Academias, y que las Academias han tenido que abandonar ciertas de sus anteriores funciones. Ya sus miembros no pueden, ni sospecho quieren, emitir juicios históricos como tribunales cuasi-oficiales.

Hubo un ciclo intenso de marxismo.

Ha habido un gran esfuerzo de rescate del patrimonio nacional. Ojalá que siga rescatado lo rescatado. Ha habido importantes aportes oficiales: estuve entre los ávidos lectores del *Boletín histórico de Miraflores*, de una admirable y generosa transparencia, rara entre las publicaciones oficiales.

Han emergido campos de historia que eran muy poco visibles a principios de la década de los sesenta, no sólo poco visibles en Venezuela, sino en Europa y en Estados Unidos también. Recuerdo que la figura de más prestigio entre los historiadores de Inglaterra en mi época de estudiante era Sir Lewis Namier, el temible dueño de las minucias de la estructura política nuestra de mediados del siglo XVIII. Sin duda un hombre brillante a su modo, pero su temperamento conservador no abarcaba una ancha tolerancia con respeto a los temas historiables: examinando una tesis sobre la revolución francesa, según la leyenda había preguntado al candidato: «¿Por que Ud. se interesa en esos bandidos?» Hoy Sir Lewis Namier tiene pocos lectores.

Ahora en Venezuela como en otras partes, yo no dudo que hay historia de mentalidades e imaginarios, de género, de cocina, de subalternos, historia postcolonial... etcétera, etcétera. Y entre lo producido hay nuevas «excepcionales realizaciones aisladas», tal vez no tan aisladas como antes.

La nueva floresta causa cierta perplejidad. Ciertas escuelas y hábitos suscitan rechazo: exceso de relativismo en el juicio, escepticismos filosóficos exagerados, estilos impenetrables y a veces un narcisismo antes ausente de la prosa de los historiadores -siempre pensaba yo que era una disciplina humillante. ¿A veces ha florecido la frivolidad?

Sobre Gil Fortoul, Vallenilla Lanz y Parra-Pérez, y la tradición de la historia crítica, hablé de las reglas de juego y de la seriedad. La seriedad no reside en la escogencia del tema: los que critican las nuevas historias por su salida de la vieja temática -política, económica, temas de peso obvio- se equivocan. La seriedad reside en el tratamiento, y muchos de los nuevos temas son de muchísima importancia, no son de ningún modo arreglos florales, diletantismo. Sin embargo, hay para una historiografía nacional seria temas ineludibles: entre ellos están los viejos — y la historia política es su principal.

Además de los avances positivos en la disciplina, en el breve listado arriba, ha habido la ruptura política y, con apoyo oficial, su nueva versión de la historia del país. Los historiadores no somos profetas. Lo que ha pasado no fue previsible por nadie en los años de mis primeras visitas al país: mucho de lo que ha pasado pareció en ese entonces superado.

Ha producido una bifurcación drástica entre la historia profesional y la historia de la prédica del gobierno. (No niego que puede haber historia profesional que no sea de oposición: sí la hay, pero distingo entre esa historia y la historia que insistentemente predica el gobierno.)

Aunque soy extranjero, y de una generación y una formación que me inhibe opinar con la libertad de cualquier ONG sobre la coyuntura política de un país que no es el mío, he llegado a un tema ineludible en esta ocasión, una reflexión sobre la historia en tiempos difíciles, la historia de esa tradición crítica en tiempos difíciles. ¿Cuál es, cual puede ser, cual debe ser el papel de los historiadores, de nuestro gremio anárquico, en la actualidad? La actualidad siendo ya distinta al ambiente que conocí hace dos, tres o cuatro décadas.

Lo he debatido, hesitado, pero voy a correr otro riesgo, un riesgo doble: contarles un anécdota de dudoso gusto, en donde figura el autor ya citada de la *Historiografía venezolana* -ustedes recordarán el punto segundo en la lista de las deficiencias, «fuerte cargo anecdótico.» El había acabado de publicar *El culto a Bolívar*, y al final de un alegre almuerzo, con breve discurso de homenaje le regalé un pedacito del Samán de Güere. (Yo no había cometido ningún acto de vandalismo: había ido a ver el Samán, y un pequeño brazo del árbol había caído fuera de la reja de fusiles erigido en su alrededor por el general Gómez. Unos pedacitos rescaté.)

El gesto no cayó mal en ese entonces: *it was funny at the time*, como uno dice en inglés.. No parece tan chistoso ahora.

Nadie pensaba que ese libro iba a necesitar una secuela, que recientemente ha parecido de la pluma del Director de esta academia, -una secuela sobre «esta especie de yugo que le ponen en Venezuela los políticos del porvenir al pasado histórico y a su personaje estelar.»

Hay en el ambiente amenazas al pensamiento crítico, aseveraciones simplistas que suscitan resistencia en cualquier historiador, como la de las «cuatro décadas perdidas.» ¿Cuatro? Perder una década tal vez sería posible, aunque a la noción le falta toda precisión, pero ¿cuatro? Que el país que yo conozco y he seguido, perdió cuatro décadas -un descuido totalmente inverosímil.

Siempre en la política de cualquier país, y en las mentes de sus ciudadanos, flotan un sin número de argumentos históricos: muchos son tan burdos o exagerados como eso, muchos andan disfrazados, no siempre anuncian que son argumentos históricos y nunca son el monopolio de los historiadores: los utilizan los economistas, los utiliza todo el mundo. El estudio de la historia debe ayudarnos a detectarlos, y a sujetarlos al escepticismo necesario. El escepticismo, tan distinto al cinismo, me parece parte de la esencia del trabajo histórico.

Tarea sin fin

A veces la lucha para el mantenimiento del escepticismo debe aparecer muy desigual, los recursos detrás de la retórica oficial son tan grandes. Pero esa apariencia puede llevarnos a conclusiones demasiado pesimistas.

Un producto de las cuatro décadas que siguen a 1958 ha sido la enorme expansión en número de los venezolanos -y particularmente de las venezolanas -educadas en plena libertad. Creo que en eso hay mucho irreversible.

Tampoco el escepticismo es un monopolio de los eruditos o de los educados, la inteligencia está en todos los estratos de la sociedad. El escepticismo educado, y entre eso el escepticismo de los historiadores, es obvio que tiene su importancia, pero no es el solo escepticismo que existe.

Tampoco me parece cierto pensar que el escepticismo educado, erudito, no tiene comunicación con el escepticismo popular.

Es de la naturaleza de mucha gente dudar de la enseñanza oficial.

Cuando leí sobre la enseñanza obligatoria del marxismo-leninismo en los colegios, primero pensé en la Nueva Granada después de la llamada *Guerra de los Supremos*, a principios de los 1840's. Entonces el gobierno del general Pedro Alcántara Herrán, impulsado por el Secretario del Interior Mariano Ospina Rodríguez, instituyó un sistema educacional con unas bases rígidamente conservadoras, para impedir la repetición de tales brotes de anarquía. Es un lugar común entre los memorialistas y los historiadores de ese país que el producto casi inmediato de este experimento de ingeniería ideológica fue, por reacción, la generación radical de medio siglo, y eran radicales bien radicales.

Dentro de esta esquema debo ubicar a los historiadores críticos.

La existencia de una masa crítica - otro uso de esa palabra - de un número de historiadores libres, anárquicos en mi sentido de la palabra, puede ser que no es una condición suficiente, pero sí es una condición necesaria para el desarrollo de la sana vida pública en cualquier nación. Enfatizo esa anarquía, recordando la historia de Alemania, el país de Leopoldo von Ranke. Era la cuna de la historia científica, en la metodología histórica el maestro de Europa, pero por el exceso de disciplina, de jerarquía y de conformismo el gremio de sus historiadores jugó un triste papel en la historia de la mayor parte del siglo pasado.

Repito, si no condición suficiente, condición necesaria.

Creo que existe en Venezuela esta masa crítica, y me parece de mucha importancia. Son los hombres, según la tratinada y certera cita de Carlos Marx, que hacen su historia, pero que no escogen los materiales con los cuales la hacen ... pero entre los hombres no debemos olvidar que están los historiadores de mi tradición, y entre los materiales, lo que ellos han escrito, y escriben.

A la Academia, a todos Uds., mis votos por su futuro y por el futuro de Venezuela, y mis gracias por su invitación y por su paciencia.